*
* *

La mujer es en realidad más moderna que el hombre: durante más tiempo que él ha sido animal, y se ha separado con bastante lentitud de sus antepasados de cola prehensil. Su cerebro se ha ejercitado menos también : sin duda alguna, en los tiempos primitivos el hombre la ayudó... á permanecer en la esclavitud, y si ella hubiese tenido que contar con tal ayuda, no se habría emancipado mucho. Pero la delicadeza de sus sensaciones, la fineza de su tacto, su espíritu de observación, verdaderamente simiesco, y las ambiciones simpáticas de su corazón han contribuído á que el papel de madre en la mujer haya quedado pospuesto al de amante : el primero se ha embellecido é idealizado por sí mismo, la mujer ha realizado su tipo y ha usado de mayor rapidez que nosotros en su especial desarrollo. La divina vestal merece todo el incienso que se consume á sus pies. Si algún temor puede aventurarse es el de que, en un día quizás no lejano, acabará por absorber completamente al sexo que ha sabido magnetizar.

Conquista del espíritu es la mujer : ha aprendido á reinar, y en reinar piensa casi por completo de los 15 á los 40 años. Los hombres se creen más elevados, por sus ciencias, por sus negocios, por sus ambiciones. Bueno será que no se descuiden : antes de cien mil años estarán reducidos á la esclavidud y la estrella celeste brillará por encima de su miseria.

VÍCTOR HUGO ASTRÓNOMO.

El genio inmortal á quien París, Francia, la humanidad entera ha hecho espléndidos funerales, vivía en el conocimiento de las cosas celestes y en la contemplación del infinito. Muchos son los genios que han habitado la Tierra sin tener conocimiento exacto de la misma; ignorantes de que nuestro planeta es un astro del cielo; sin tener idea alguna de la constitución general del universo. Esos tales pudieron ser especialistas en determinadas materias, sabios, inventores, artistas, poetas, moralistas, filósofos, etc., etc., pero erraban al pretender remontarse á la síntesis, y por sus juicios escritos que nos quedaron, referentes á los más complejos problemas de la metafísica, se comprende que para ellos el horizonte estaba limitado á las fronteras de su observación inmediata, y que para guiarse disponían tan sólo de una luz incompleta y vaga, suspendiendo toda tentativa de generalización en los comienzos mismos de su desarrollo. Él, Víctor Hugo pensaba como astrónomo, y esta es la causa primordial de la inmensidad de los horizontes que dominó siempre.

Habíase acostumbrado desde su infancia á designar las estrellas por sus nombres respectivos, á conocer sus posiciones en el cielo, á distinguir los planetas

visibles, á ver el cielo al modo que lo veían los antiguos astrónomos contempladores de la Caldea y del Oriente. Curioso investigador de los progresos de la ciencia, ninguno de los modernos descubrimientos de la Astronomía quedó de él ignorado. En su poema *El Rhin* entre otros, pueden leerse páginas hermosas sobre las constelaciones y las estrellas, y seguir los maravillosos vuelos de aquel ingenio hacia las regiones más lejanas de la decoración celeste; y sin embargo, ese poema no es más que una sencilla relación de viaje hecho por el autor en su juventud. Cuando siguiendo la considerable y variada obra del poeta se llega á sus *Contemplaciones*, el lector siéntese arrastrado en mágico vuelo hasta la plena inmensidad celeste. En la *Leyenda de los siglos* se experimenta el vértigo, porque el poeta llega á veces aun á depasar el sentimiento de lo sublime, que se desvanece de pronto para hacer plaza al desvanecimiento del terror.

Los cantos inmortales que á muchos lectores pueden parecer fantásticas excursiones por los dominios de la astronomía, constituyen, por el contrario, el fondo mismo de su obra poética. Víctor Hugo no pensaba en el cielo por casualidad; pensaba siempre.

Á este propósito me permitiré citar el siguiente párrafo de una carta que tengo á la vista y que data de lejana fecha : Guernesey 17 de diciembre de 1862 :

« Las materias de que usted trata, me escribía, son *la obsesión perpetua de mi pensamiento*, y el destierro no ha hecho sino aumentar en mí esa meditación, colocándome entre dos infinitos, el océano y el cielo... Me siento en afinidad estrecha con los espíritus como el de usted; sus estudios son también los míos. Sí, profundicemos el infinito; he ahí el verdadero empleo que debe darse á las alas del alma. »

Buena prueba de como esa perpetua obsesión del infinito le perseguía, la tenemos en la segunda parte de la *Leyenda de los siglos*, escrita con fecha posterior á la de la carta que acabo de reproducir en parte.

De entre las últimas conquistas por el telescopio realizadas, interesábanle en gran manera las concernientes á la geografía de Marte, sobre todo el descubrimiento de los canales rectilíneos enigmáticos que parecen atravesar todos los continentes de dicho planeta y poner en comunicación unos con otros, todos esos pequeños mediterráneos. Por un instante tuvo la idea de hacerse construir un telescopio análogo al que M. Thiers había hecho montar en la terraza de su casita de la plaza de San Jorge. Lo que gustaba de estudiar con preferencia era la cuestión de las condiciones de la vida en los otros mundos, aun sabiendo, como sabía, de qué modo la fecundidad de la naturaleza depasa en todos los casos los límites que nuestra ignorancia procura en vano imponerle. Una de sus cartas del año 1880, comienza así : « Hermano mío, venga usted á comer el viernes para que hablemos de Marte... »

El gran poeta vivía en el cielo mejor que muchos astrónomos de profesión que jamás han llegado á comprender todo lo grande de la ciencia por ellos cultivada. Si algunas veces, en las apreciaciones de detalle pudo equivocarse, para él las grandes líneas de la arquitectura del cosmos dibujaban el templo ideal de la naturaleza, de que él era apóstol. Recordemos como ejemplo, este viaje á las estrellas.

(*) « Si pudiésemos franquear esas tristes soledades,
Si pudiéramos depasar el septentrión azul
Si pudiéramos alcanzar el fondo de los cielos sin límites
Hasta que á la postre, enloquecidos, viéramos
(Como en el mar se vé aparecer, agigantarse y surgir al [buque)
Esa pequeña estrella, átomo fosfórico
Convertirse gradualmente en monstruo de rayos;

Si nos fuera dado hacer
Ese viaje sin medida,
Volar de esfera en esfera
Hasta el sol, inmenso, ignorado;
Si por un arcángel que le amase,
El hombre ciego, tembloroso, pálido
Hasta las profundidades de ese problema,
En vida pudiese ser introducido;
Si pudiéramos huir de nuestro centro
Y forzando la sombra en que solo Dios penetra
Ir á ver de cerca, en su antro,
Esas enormidades de la noche,
Lo que aparecería, te haría temblar, ángel!
Nada, nada de visión ni de sueño insensato
Que no quedase depasado por tal espectáculo extraño,
Mundo informe, de tal misterio compuesto
Que su rayo fundiría nuestras carnes, cera viviente,
Y que no quedaría de nosotros, aterrorizados,
Más que una mirada deslumbrada bajo la frente. »

Sabedor de que el mundo físico es la armazón del mundo moral, consideraba la ciencia astronómica como base natural de toda filosofía. Á todos aquellos

(*) Considerando como una profanación el hecho de poner nuestras manos pecadoras en los versos inmortales del gran poeta, nos limitamos á traducirlos en prosa, aun cuando pierdan gran parte de su mérito. (Nota del traductor).

que cifran sus esperanzas en el vacío, mostrábales los innumerables mundos que gravitan en el éter.

« Puesto que ya he hablado de esas horas de duda
En que uno encuentra la calma y otro el remordimiento
No he de ocultar al pueblo que me escucha
Que pienso á veces en lo que hacen los muertos;
Y que he llegado, — de tal modo la noche estrellada
Fatigó á veces mis miradas y mis anhelos
Y de tal modo una idea inquieta se mezcló
Á las raíces de mis cabellos, —
Á creer que, á la muerte, siguiendo su camino,
El alma, acordándose de su humanidad,
Volando por siempre bajo la celeste bóveda,
En franquear el infinito pasaba la eternidad;
Y que cada uno haría este viaje de las almas,
Con tal de haber sufrido, con tal de haber llorado;
Todos, menos los malos, cuyos espíritus infames
Son como libro destrozado.
A éstos, Saturno, globo horrible y solitario
Los albergará por el tiempo que Dios quiera castigarlos:
Penados á la vez por el cielo y por la tierra,
Por sus aspiraciones y por sus recuerdos.
Saturno, esfera enorme, astro de aspectos fúnebres
Presidio del cielo, cárcel de reducido tragaluz
Mundo envuelto en brumas, en vapores, en tinieblas,
Infierno hecho de invierno y de noche.
Su atmósfera flota en zonas tortuosas,
Dos anillos ígneos, girando con furor,
Marcan en el cielo bronceado dos arcos monstruosos
De los que emana eterno y profundo terror. »

Pero nada tan hermoso como *El abismo*. Desgraciadamente resultaría tarea larga la de reproducir aquí por completo, en toda su integridad, esa obra maestra.

Séanos permitido empero, recordar el sentido de la misma :

EL HOMBRE.

Yo soy el espíritu que vive en el seno de las cosas muertas,
Sé forjar las llaves si me cierran las puertas
Hago volar el espíritu en alas del relámpago.
Nada sin mí. La naturaleza inicia, yo termino.
Tierra, yo soy tu rey.

LA TIERRA.

Tú eres mi plaga,
El sueño, pesada necesidad; la fiebre, fuego sutil;
El vientre abyecto, el hambre, la sed, el estómago vil,
Te abruman, negro pasante, con enfermedades sin cuento;
Tú vás á la ceniza y yo quedo á la luz;
Tengo conmigo la primavera, el alba, las flores, el amor,...
Soy fuente y caos, sepulto y creo !...

SATURNO.

¿ Qué voz es esa miserable que murmura ?
Tierra, ¿ á qué revolverte en tu campo limitado,
Grano de arena, de un grano de ceniza acompañado ?
Yo, en el inmenso azur, trazo un círculo enorme...

EL SOL.

Silencio en el fondo de los cielos, planetas mis vasallos;
Paz, yo soy el pastor, vosotros el rebaño.
Lo mismo que dos carros de frente pasan bajo un pórtico,
En el menor de mis volcanes Saturno con la Tierra
Entrarían sin tocar á las paredes del cráter.
Contempladme !...

SIRIO.

Oigo hablar al átomo. Vaya, sol, polvo,
Cállate. Cállate fantasma, especie de claridad !
Pastores cuyos rebaños huyen en la inmensidad,
Globos obscuros, yo soy menos altanero que vosotros
Hete ahí orgulloso, guardador de planetas,
Por siete ú ocho borregos que haces pastar en el azur !
Yo llevo en mi órbita augusta, inmensa y pura,
Mil esferas de fuego, la menor con cien lunas.

ALDEBARÁN.

Sirio duerme, yo vivo : él se mueve apenas.
Yo tengo tres soles ; uno blanco, otro verde, otro rojo.
Centro de un torbellino de mundos desenfrenados...

SEPTENTRIÓN.

Yo soy Septentrión que entre vosotros aparece
Con siete ojos vivos, y soles por pupilas,
Luminarias eternas de las eternas sombras.
Sirio con todos sus globos no sería
Ni siquiera una chispa en el menor de mis hornos.
Las estrellas de los cielos se mueven ahí abajo
Arrastrando sus esferas de oro y sus lunas fieles
Y si yo me pusiera en marcha en medio de ellas
En los campos del éter á mi esplendor sometidos
Mi rueda aplastaría todos esos soles hormigas.

LA VÍA LÁCTEA.

Mi abismo brillante es vuestra fuente común.
Tantos astros, tantas inmensidades extrañas,
Diversas, semejantes á demonios ó á ángeles
De que los planetas hacen otras tantas naciones;

Un grupo de mundos, víctimas de las pasiones,
Gira en torno de cada uno de mis soles inflamados...
Mi inmensidad vive, radiosa y fecunda;
Ignoro á veces si el resto del mundo
Errante en cualquier rincón del triste firmamento
Se desvanece ó no en mis fulgores.

LAS NEBULOSAS.

¿ Á quién te diriges, copo lejano que pasas :
Apenas oimos tu voz en los espacios.
No te distinguimos más que como un nimbo obscuro
En el rincón más remoto del más nocturno azur.
Déjanos brillar en paz, á nosotras, iluminadoras de las tinie-
Á nosotras, las creaciones !... [blas,

DIOS.

Un soplo mío no más, y todo sería sombra.

¡He ahí el poeta de la eterna naturaleza! Quien así canta es porque ha oído en el fondo de su alma resonar las voces del cielo. Superior al matemático que sólo vé en el universo una página de cifras y de fórmulas, Víctor Hugo es el émulo de los Kepler y de los Herschel. Séale permitido á uno de los que él honró con su amistad depositar sobre su tumba una corona diferente de todas las que á sus pies fueron ayer arrojadas, y saludar en él, por encima del hombre político, por encima del héroe de la humanidad militante, aun por encima del poeta humano, al ser sobrehumano que domina el mundo : el pensador.

FIN DE NOCHES DE LUNA.

ÍNDICE

Cielo y Tierra. — La atracción. 1
Las Voces de la Naturaleza. — El grillo. 10
Las Estrellas Errantes. 24
El Misterio de la Creación. 41
Á través de las Edades. — Las arenas de París. . . 56
La Momia. 71
¿Qué es la vida? 85
La Residencia de la vida. 95
Un cerebro de hormiga. 105
El mundo de las plantas. 119
Más de las plantas. 127
La Primavera y los pájaros. 138
Los Parisienses de hace cien mil años. 151
Los habitantes de Francia de hace cien mil años. . . 159
Origen del hombre. 167
Origen de la mujer. 181
Víctor Hugo astrónomo. 193

Paris. — Imprenta de la Vª de Ch. Bouret.